

los viajeros corren el peligro de verse bloqueados por las nieves.

Entre las regiones que parecían inhabitables á la mayoría de los hombres, pero que, siendo habitadas, dan a sus residentes un género de vida completamente excepcional, ha de citarse la parte lacustre del alto Nilo, donde el río, detenido por el ribazo denominado el «Yugo



de los ríos», formaba en otro tiempo, durante la estación de las crecidas, un lago de dimensiones variables, sembrado de *sedd* ó grandes islas de hierbas.

Viviendo, si no en el agua, al menos en las riberas pantanosas ó en los *sedd* medio consolidados, los negros Denkas, y especialmente aquella

de sus tribus conocida con el nombre de Nuer, son ridiculizados por todos sus vecinos, á causa de su actitud de ave pescadora: muy altos, de piernas largas y delgadas, se les llama zancudos, y, como las garzas, suelen estar con una pierna fuera del agua, apoyándose sobre la pantorrilla de la otra pierna por pudiendo permanecer á lo menos una hora tura. Ponen con precaución el pie bajo el temor de aplastar un ser viviente, y otro pie al aire sobre las ramas de las do el suelo esté seco conservan esa marcha cudo. Para pescar, suelen colocarse uno de esos nidos de hormigas

elevan en forma de obelisco en la llanura, más alto que en las regiones no inundadas, porque aquí las hormigas blancas se han visto obligadas á construir varios pisos, para subir, de tramo en tramo, en su morada de arcilla, según la altura de las aguas. Cuando se ve de lejos una larga forma viviente, inclinada hacia la cima de la cabaña

rojiza, no se sabe si aquel ser extraño es un pescador, con su cesto lleno de pescado, ó el gran zancudo *Baloeniceps rex*, «el padre del



TIPO DE DENKA

zapato», como le llaman los árabes, á causa de su enorme pico en forma de calzado.

Los Denkas y los Nuers van siempre desnudos; los vestidos les incomodarían para andar por el agua, y las telas húmedas conservadas sobre la piel, serían causa inevitable de fiebres. Y, como sucede siempre, el uso se ha transformado en moral, por lo que los Nuers se avergonzarían de vestirse: les bastan las cicatrices del tatuado, los anillos, los brazaletes y las sortijas. Los cuidados del cuerpo exigen que se unten la piel para defenderse de la humedad: el Denka suele revolcarse alegremente por la ceniza, después de quemar hierbas secas, como hacen las mulas cuando se les quita el aparejo, y se levanta después todo gris, ó de gris azulado, cuando el color de la piel se transparenta bajo el polvo; pero el pastor rico, propietario de muchos rebaños, se unta todo el cuerpo de una substancia oleosa que cubre con boñigas regularmente aplicadas.

En muchos otros países del mundo, en la India y en la Indo-China, y sobre todo en el Matto Grosso brasileño, en el Gran Chaco del Paraguay y de la Argentina viven otras gregarias de hombres anfibios, análogos á la de los Nuers, que, como ellos, andan en el agua y disputan el pescado á las aves buceadoras, llegando á formar su familia sobre un suelo tembloroso, formado de cañas podridas, que ocultan aguas profundas. Estos seres, separados de los demás hombres, son verdaderos prisioneros del pantano, donde todo natural que no estuviera gradualmente acostumbrado al medio prefería irremisiblemente.

Los Uaraun ó Guaraunos, que Humboldt describió después de otros viajeros y á quienes hizo célebres, son también cautivos de la naturaleza que les rodea. En la época en que les visitó el gran viajero, es decir, en los primeros años del siglo XIX, los Uaraun, cuatro ó cinco veces más numerosos de lo que son en la actualidad, habitaban aún en las cimas de los árboles en el período de las inundaciones, cuando todas las islas del bajo Orinoco, entre los cuarenta brazos fluviales, estaban cubiertos por el manto gris de las aguas desbordadas. Uniendo por sus extremidades terminales las ramas de cinco ó seis palmeras euterpe, establecen bajo ese múltiple techo de hojas un ligero suelo para sostener su morada aérea, dominando varios metros la extensión de la lámina

líquida¹. Este sistema de habitación no ha subsistido hasta nuestros días². En relaciones constantes con los europeos, de origen castellano al oeste, de lengua inglesa al este, los Uaraun poseen actualmente sólidas embarcaciones, que les sirven de casitas en cuanto la cabaña ordinaria es invadida por el río; cuando las aguas suben y se desbordan, no tienen más que entrar en sus barcos para dejarlas derivar hasta el fondeadero. Su género de vida se ha modificado también en cuanto á la industria y al alimento, que se limitaban casi exclusivamente á los productos de un solo árbol, la palmera mauricia. Pero, aunque medio civilizados, los Uaraun no dejan de verse obligados, por su medio, á proceder de un modo diferente al de las gentes de tierra firme en las mil circunstancias de la vida.

Así es que, para hacer caminos, no se limitan, como sus vecinos de los países emergidos, á abrir una trocha en el bosque, sino que después de derribados los árboles, los colocan transversalmente sobre la vía y los atan con cuerdas de fibra de palma; de este modo,



LANDESCOT

¹ *Voyage aux régions équinoxiales.*

² Plassard, *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, Junio 1868.

cuando viene la crecida, todo el camino se levanta de un extremo á otro, sin modificarse, y se cambia en balsa flotante, y conforme ha subido, con el descenso de las aguas, baja y se fija nuevamente en el suelo. En cuanto á sus muertos, los Uaraun, repugnándoles enterrarlos en el fango, los envuelven en una espesa capa de arcilla y les suspenden en las ramas de los árboles, cerca de sus cabañas, ó los atan á sus barcos y los pasean por el río. En pocas horas quedan los cadáveres perfectamente disecados por los peces, y los restos de los padres se depositan piadosamente en cestos funerarios.

Hasta en la Europa civilizada, en medio de poblaciones urbanas, perfectamente acomodadas á las prácticas modernas, se han mantenido costumbres extrañas, impuestas en otro tiempo por el medio y justificadas, además, por las condiciones locales, aunque muy modificadas por los cambios generales que introduce la civilización. De ese modo, en la vecindad misma de la poderosa Hamburgo, el primer puerto comercial de Alemania y del continente de Europa, se ve á los jardineros y otros labradores de las tierras bajas ribereñas del Elba, atravesar aún la campiña empinados en zancos. En el este de la isla Noirmontier, hay salineros que viven á la orilla de los canales de las salinas, en chozas que construyen con barro mezclado con pedacitos de cañas, que recubren después con juncos y capas de barro para resistir el viento del mar. Aquellos habitantes no pueden caminar en la llanura sino sirviéndose de largas perchas que les permiten salvar los canales de un salto.

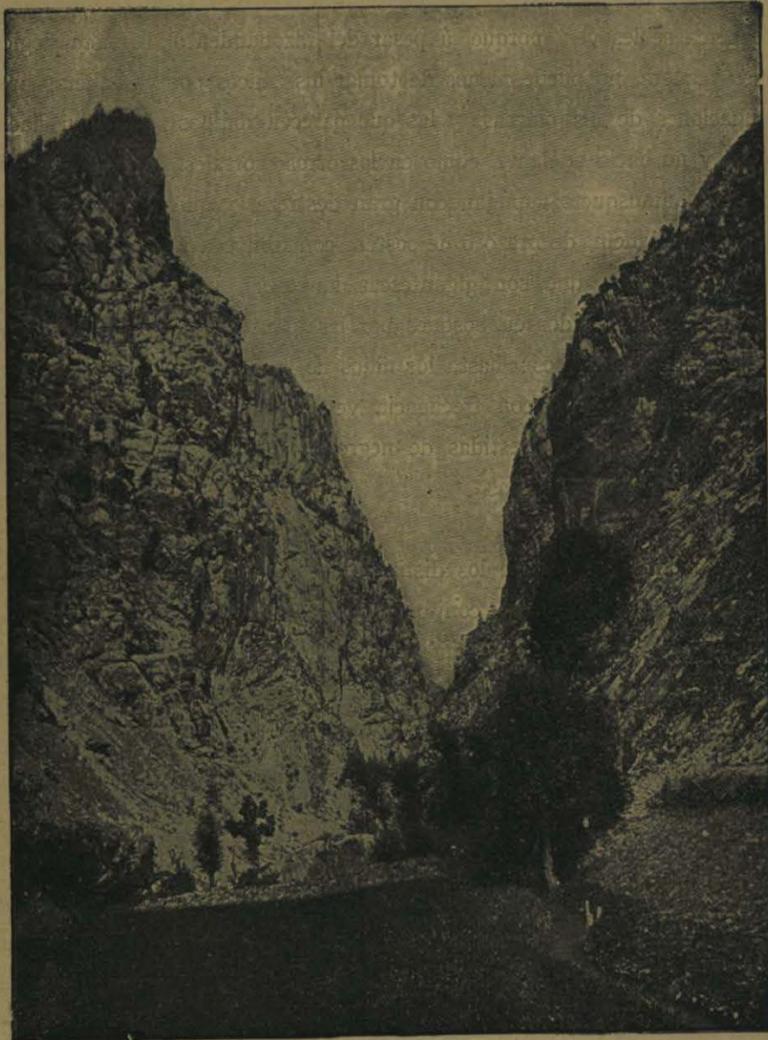
Respecto de los Lamusquets ó Landescots de Gascuña, en la proximidad de los lagos que bordean el litoral, ofrecen, andando, un espectáculo único en el mundo, dada la altura de sus zancos, algunos de más de dos metros. En aquellas praderas llenas de charcos sin profundidad, les hubiera sido imposible seguir sus rebaños de carneros si no hubieran añadido á sus piernas aquellos esbeltos zancos. Cuando se ve por primera vez un grupo de estos zancudos de las Landas, se siente una emoción extraña como á la vista de un prodigio. Vestidos con pieles de carnero, de oveja de lana raída por el tiempo, pasan gravemente haciendo media ó retorciendo hilo sobre los matorrales de helechos y juncos, como si fueran magos que tuvieran el poder de deslizarse sobre los tallos de las plantas sin doblarlas, y mientras el espectador queda casi sumergido en la maleza; ellos, por el contrario, parecen andar en pleno cielo sobre

los bordes del horizonte. Y parecen tanto más extraños cuanto más de cerca se les ve; porque, á pesar del razonamiento, la vista, lógica á su manera, no puede menos de tomar los zancos por verdaderas prolongaciones de las piernas, y las que parecen rodillas se doblan hacia atrás y no hacia adelante, como en los otros mortales. El gran bastón que los Lamusquets manejan con gran destreza, y que en ocasiones les sirve de balancín, de brazo ó de sostén, contribuye a la extrañeza de su aspecto: diríase que son gigantescas langostas. En algunos distritos aun no transformados en bosques por las plantaciones, todos los habitantes usan los zancos: hasta los niños no temen aventurarse sobre los zancos paternos, y con frecuencia vense mujeres andando sobre la maleza, casi siempre vestidas de negro, que parecen grandes cuervos subidos sobre ramas secas.

La montaña es, entre los distintos medios que presenta la Tierra, uno de los que, por su conjunto de condiciones físicas, determina, con la mayor fuerza en sus habitantes, un carácter particular, hábitos y costumbres propias de singular y notable originalidad. Esos montes, levantados como murallas sobre las llanuras, contrastan bruscamente con los desiertos y las estepas que invitan al hombre al libre curso, al cambio de lugar en un espacio ilimitado. El mundo parece completamente cerrado por esos bruscos muros, y, frecuentemente, en efecto, el límite es tan preciso que parece marcado por las cortaduras de las rocas que forman la raíz de la montaña. Las poblaciones se aglomeran en su base, numerosas, activas, llenas de vida, como las aguas de un lago que baten el pie de los acantilados; pero más lejos, inmediatamente encima, comienzan las asperezas pedregosas, los espacios desnudos y desiguales evitados por el hombre.

Pero la presión de las poblaciones en busca de alimento hace penetrar en muchos sitios enjambres sociales por las puertas de sus muros, y aquellas regiones, en apariencia inaccesibles, se pueblan en las extensiones favorables á la estancia de los colonos.

Los países montañosos encierran, ocultos por los muros exteriores, espacios perfectamente limitados, mundos aparte bien distintos, que son bastante amplios y provistos de recursos para subvenir á las necesidades de una gran población, y destinados, por su mismo aislamiento, á

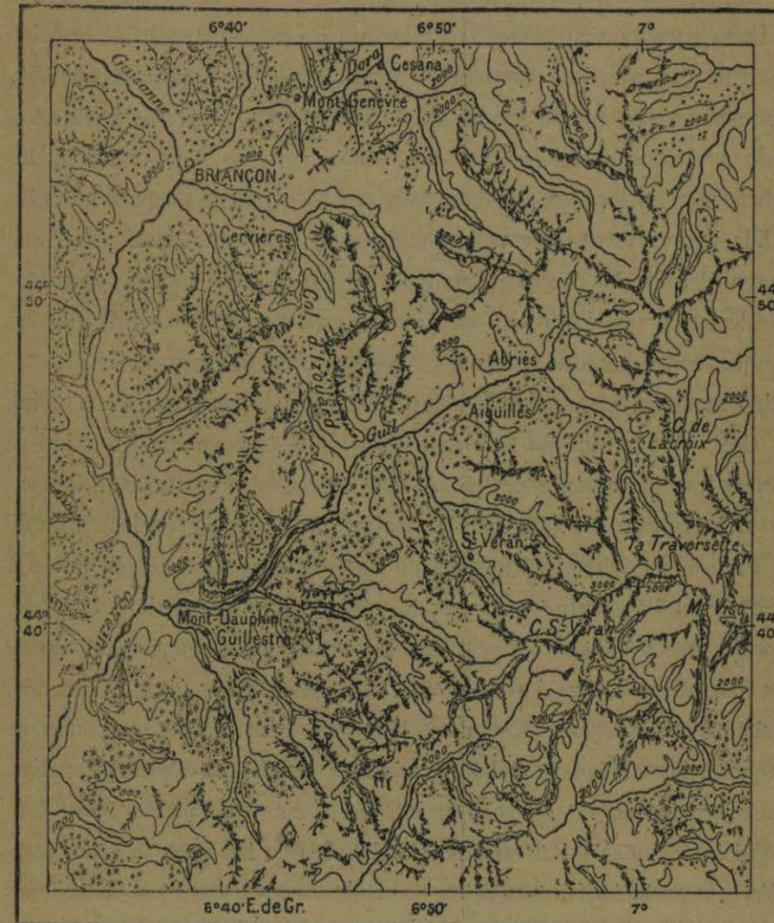


ENTRADA DEL VALLE QUEYRAS

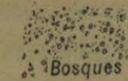
ser cuna de una civilización particular. Así se constituyeron en el Nuevo Mundo los conjuntos étnicos claramente determinados de los Nahuatl mejicanos, de los Muyscas, los Quichúas y de los Aymaras. Diversos valles, rodeados de soberbio anfiteatro de montes nevados que les vierten abundantes aguas, son otros tantos jardines: tal es el maravilloso valle de Kachmir, con sus grandes lagos, sus praderas apenas emergidas. La misma Suiza, en una mitad de su extensión, es una banda de praderas y de campiñas arboladas, que el múltiple

muro del Jura oculta al noroeste y transforma en un valle interior. Pero si los pliegues de las montañas encierran vastas comarcas

N.º 10. Valle Queyras.



Curvas de nivel de 1000, 2000 y 3000 metros



Bosques



Acantilados

1 : 400 000
0 5 10 15 20 25 Kil.

habitables, dando asilo á naciones compuestas de millones de hombres, la mayor parte de las altas regiones ocultan sus habitantes en estrechos valles, fondos cerrados que rodean rocas, y que ordinariamente,

entre breñas grises, sólo se ve un pobre tapiz de verdura, manchado frecuentemente de piedras rodadas y á veces amenazado de rocas pendientes.

Estas prisiones comunican muy difícilmente con el resto del mundo, y hasta en muchas regiones montañosas, su centro natural de atracción se halla, no sobre su vertiente más inclinada, sino sobre la vertiente opuesta, en una cuenca fluvial diferente. De este lado, sólo facilitan el paso umbrales accesibles por pendientes herbosas, que recorren los rebaños, mientras que del lado por donde corren las aguas la única salida es una estrecha y peligrosa fisura, y el viajero suele preferir el riesgo del escaló de rocas enormes á meterse en aquella garganta, donde las aguas descienden en cascadas, alternando con profundos estanques entre paredes abruptas. Así, antes de la construcción del camino moderno, costosamente abierto á través de las rocas que domina el Guil, el *nant* furioso del valle Queyras, este hoyo estaba unido al mundo por la garganta de Isoard, que se abre al norte hacia Briançon.

De tal modo son difíciles los pasajes, que se les da, en los Alpes de la Francia meridional, el nombre de *clus* ó *cluses*, atestiguando que son verdaderos hoyos sin comunicación con el mundo exterior: hay que aprisionarse ó escoger otro camino de salida. Todo mapa detallado de las montañas muestra á centenares Valles del Infierno, Fines del Mundo, Valchiusas, Vacluses, Klemmes, Klissuras, conteniendo cada uno su pequeña humanidad perdida, su lugar de asilo para algunas familias, enclaustradas en un estrecho recinto de rocas y de nieves.

Si las cabañas están cerradas, los hombres y las ideas lo están también¹. Reducidos á sus solos recursos, muy escasos, las poblaciones aisladas de esos *vacluses*, ó valles cerrados, no pueden evidentemente presentar una civilización compleja como la de los habitantes de la llanura inferior. Han de atenerse á una industria rudimentaria, al cultivo de su pequeño hoyo de tierras arables, al cuidado de sus rebaños, á la caza de los animales rupestres.

Según una leyenda que muchos historiadores adoptaron sin reflexión, obedeciendo á la rutina del lenguaje, las gentes de la llanura habrían descendido de la montaña, siguiendo el curso de los ríos; pero el movi-

¹ Gustave Droz, *Autour d'une source*.

miento de emigración se hace en sentido inverso. Los habitantes de los altos circos montañosos son indudablemente gentes de la llanura que se vieron obligadas á dirigirse á las alturas, huyendo de los enemigos ó del hambre, buscando retiro seguro ó terrenos vírgenes. Los valles superiores de los montes son excelentes lugares de refugio; á ellos acudieron de las regiones más opuestas restos étnicos pertenecientes á las más diversas razas acomodadas primitivamente á los medios más distintos.

Entre tantas y tan distintas gentes acantonadas en los valles cerrados de las montañas, ninguna podría ser considerada como típica, puesto que esas huídas, esos éxodos, han tenido lugar en diversos períodos de la historia, con acompañamiento de vicisitudes diversas; pero, aunque sean diferentes por su origen y costumbres los habitantes de los altos valles, se parecen por ciertas condiciones del medio, y, por consiguiente, presentan muchos rasgos comunes. En primer lugar, la rarefacción del aire les impone fenómenos de respiración análogos: en efecto, el hombre que vive á 2,000 ó 3,000 metros sobre el mar no recibe en una misma aspiración la misma cantidad de oxígeno que en las regiones bajas, y esta insuficiencia de gas vivificante le expone, durante el ascenso, á ese «mal de las montañas», que proviene de la no eliminación de los principios tóxicos que quedan en el organismo.

A consecuencia de la «anemia barométrica»¹, los visitantes de las altas mesetas están expuestos á enfermedades particulares, diferentes de las que se desarrollan en las bajas llanuras. Pero el ser humano puede aclimatarse, merced á una modificación fisiológica: los glóbulos rojos, de los que se cuentan unos cinco millones por milímetro cúbico de sangre en los hombres que viven en el campo del litoral marino, se elevan á ocho millones y más en los que residen á 4,000 metros de altura. No solamente la sucesión de las familias, sino el individuo mismo puede acomodarse muy rápidamente, por el aumento de los glóbulos sanguíneos, á la existencia en el aire rarificado de las alturas². El resultado de esos cambios ha permitido á los montañeses distinguirse

¹ Tyndall, Bert, Jourdanet, *Du Mexique au point de vue de son influence sur la vie de l'Homme*.

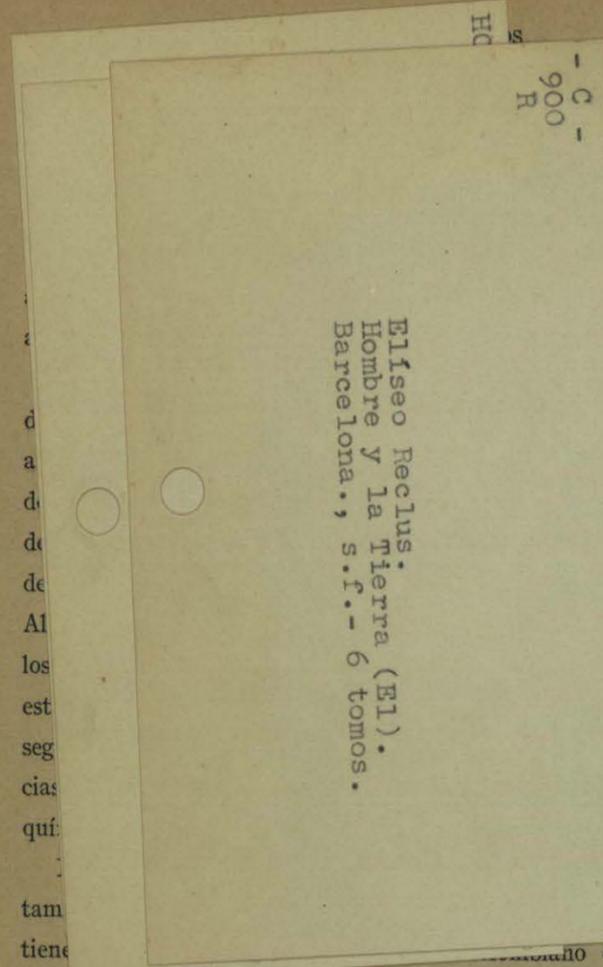
² Freshfield, Whympers, Tyndall; — Viault, *Société de Géographie commerciale de Bordeaux*. Sesión del 4 de marzo de 1895.

uniformemente de las gentes de la llanura por las dimensiones de la caja torácica. Los Quichúas y los Aymaras, lo mismo que los Tibetanos, admiran por la estructura maciza del tronco, al cual se unen miembros que á las gentes de las llanuras les parecen deformes. Hasta los descendientes puros de los españoles que se establecieron hace tres o cuatro siglos sobre las mesetas de Colombia y de Méjico difieren singularmente de sus hermanos de raza castellana por las dimensiones del busto.

Todos los viajeros que visitamos las montañas durante la bella estación y que nos complacemos en respirar el aroma de las hierbas, en coger las brillantes flores de las laderas, en pasear á orillas de los torrentes, bajo las ramas de los álamos, no solemos tratar de imaginarnos lo que fué la vida de los montañeses primitivos, lo que es la de sus descendientes encerrados en esos altos reductos, tan pintorescos y agradables en verano.

Caminos sinuosos, trazados serpenteando sobre precipicios, hasta ferrocarriles atravesando promontorios en galerías bajo las rocas, nos conducen á esos pequeños universos, cerrados en otro tiempo, donde, cansados de la vida, rendidos de cuerpo y de espíritu, vamos á restablecer nuestro equilibrio físico, intelectual y moral. Sobre esas alturas todo nos parece bello, pero los naturales saben cuán dura es la existencia en esos estrechos dominios. Lo mismo que en las regiones polares, hay valle de los Alpes privado del sol durante una parte del año, y la claridad de invierno no da un rayo directo, una luz franca: no se nota sino una disminución de la obscuridad nocturna. A lo lejos, detrás de las altas crestas, se extiende el reflejo del astro amado, y al medio día las gentes del valle siguen con mirada ansiosa el resplandor de aurora que allá arriba toca el perfil de la montaña, después se debilita y se extingue poco á poco, dejando una triste penumbra sobre las formas cadavéricas de los bajos fondos. En los altos valles de los montes, lo mismo que en los archipiélagos del océano Glacial, «la obscuridad es más difícil de soportar que el frío».

¡Qué alegría para esas gentes de la sombra cuando el astro, en la primavera, muestra su limbo superior, después su disco entero, apareciendo como un dios, y seguramente adorado como tal! En el valle Godemar, los habitantes de la villa de los Andrieux se reunían en otro



y después, pasados
viembre al 10 de
disco de oro, le
mejor posible, por
nidad y hacérsela
fecundo suelo¹.
d: el hombre se
s y húmedas; sus
frecuentemente se le
ismo. Los países
ero de achacosos
Hay villa en los
«illard-Goîtreux»;
castrándose. El
mente durante la
sus consecuen-
zá las industrias
n del aire².
mericanos tienen
los habitantes
del Cauca. Y no
son solamente las desgraciadas poblaciones de los altos valles cerrados
las que padecen por la prolongada ausencia del sol: las gentes de las
poblaciones situadas fuera de la montaña, que viven asimismo á la som-
bra de sus muros, sufren también por la misma causa. La disminución
de la luz y del calor solares trae forzosamente consigo una limitación
proporcional en la amplitud de las ideas y en la libertad de espíritu.

A las ya temibles condiciones del medio, se junta, en los altos valles
de las montañas, la claustración impuesta por las nieves del invierno.
Los cautivos de esas regiones se encuentran entonces en pleno país
polar: las nieves se amontonan en los fondos, se arremolinan sobre las
alturas y se acumulan al borde de los precipicios, amenazando descen-
der en violentas avalanchas y aplastar los grupos de cabañas ocultas en
las hondonadas. Para no morir aplastados hay que refugiarse en cuevas,

¹ Ladoucette, *Histoire... des Hautes-Alpes*.

² Louis Cousinier, *Notes manuscrites*.